



Jueves Santo 2007

5 abril 2007

‘Los amó hasta el extremo’ (Jn 13,1). Con esta expresión, el evangelio de Juan presenta el gesto de humildad de Jesús: antes de morir por nosotros en la cruz, ciñéndose una toalla, lava los pies de sus discípulos. Del mismo modo, en la Eucaristía Jesús sigue amándonos ‘hasta el extremo’, hasta el don de su cuerpo y su sangre. (cf SC 1).

En la Eucaristía, “el Señor se hace comida para el hombre hambriento de verdad y libertad. Puesto que solo la verdad nos hace auténticamente libres (cf Jn 8, 36), Cristo se convierte para nosotros en alimento de la verdad... El Señor Jesús... se dirige al corazón anhelante del hombre, que se siente peregrino y sediento, al corazón que suspira por la fuente de la vida, al corazón que mendiga la Verdad. En particular, Jesús nos enseña en el sacramento de la Eucaristía la *verdad del amor*, que es la esencia misma de Dios. Esta es la verdad evangélica que interesa a cada hombre y a todo el hombre.” (SC 2)

La Eucaristía es el verdadero pan del cielo, el pan de vida que el Padre eterno da a los hombres. En el pan y en el vino nos llega toda la vida divina y somos hechos verdaderos partícipes de la intimidad del Dios amor: Padre, Hijo y Espíritu Santo. (cf SC 8). “La conversión sustancial del pan y del vino en su cuerpo y en su sangre introduce en la creación el principio de un cambio radical... destinado a suscitar un proceso de transformación de la realidad, cuyo término último será la transfiguración del mundo entero, el momento en que Dios será todo para todos (cf 1 Co 15,28).” (SC 11)

Jesús es el verdadero cordero pascual que se ha ofrecido libremente a sí mismo en sacrificio por nosotros, realizando así la nueva y eterna alianza. La Eucaristía contiene en sí esta novedad radical, que se nos propone de nuevo en cada celebración. (cf SC 9). La institución de la Eucaristía “sucedió en el contexto de una cena ritual con la que se conmemoraba el acontecimiento fundamental del pueblo de Israel: la liberación de la esclavitud de Egipto. Esta cena ritual, relacionada con la inmolación de los corderos (*Ex 12,1- 28.43-51*), era conmemoración del pasado, pero, al mismo tiempo, también memoria profética, es decir, anuncio de una liberación futura. En efecto, el pueblo había experimentado que aquella liberación no había sido definitiva, puesto que su historia estaba todavía demasiado marcada por la esclavitud y el pecado. El memorial de la antigua liberación se abría así a la súplica y a la esperanza de una salvación más profunda, radical, universal y definitiva. Éste es el contexto en el cual Jesús introduce la novedad de su don. En la oración de alabanza,.. da gracias al Padre no sólo por los grandes acontecimientos de la historia pasada, sino también por la propia ‘exaltación’. Al instituir el sacramento de la Eucaristía, Jesús anticipa e implica el Sacrificio de la cruz y la victoria de la resurrección. Al mismo tiempo se revela como



el verdadero cordero inmolado, previsto en el designio del Padre desde la fundación del mundo, como se lee en la *primera carta de San Pedro* (cf 1, 18-20). Situando en este contexto su don, Jesús manifiesta el sentido salvador de su muerte y resurrección, misterio que se convierte en el factor renovador de la historia y del cosmos...La institución de la Eucaristía muestra cómo aquella muerte, de por sí violenta y absurda, se ha transformado en Jesús en un supremo acto de amor y de liberación definitiva del mal para la humanidad.” (SC 10). Con el mandato “*Haced esto en conmemoración mía*” (cf Lc 22, 19; 1 Co 11, 25), el Señor nos pide corresponder a su don y representarlo sacramentalmente, y expresa “la esperanza de que su Iglesia, nacida de su sacrificio, acoja este don, desarrollando bajo la guía del Espíritu Santo la forma litúrgica del sacramento” (SC 11).

La Eucaristía ha sido instituida para la edificación de la Iglesia. “Cristo mismo, en el sacrificio de la cruz, ha engendrado a la Iglesia como su esposa y su cuerpo. Los Padres de la Iglesia han meditado mucho sobre la relación entre el origen de Eva del costado de Adán mientras dormía (cf. *Gn* 2,21-23) y de la nueva Eva, la Iglesia, del costado abierto de Cristo, sumido en el sueño de la muerte: del costado traspasado, dice Juan, salió sangre y agua (cf. *Jn* 19,34), símbolo de los sacramentos. El contemplar « al que atravesaron » (*Jn* 19,37) nos lleva a considerar la unión causal entre el sacrificio de Cristo, la Eucaristía y la Iglesia...La Iglesia « vive de la Eucaristía »...La Eucaristía es Cristo que se nos entrega, edificándonos continuamente como su cuerpo. Por tanto,... la Iglesia puede celebrar y adorar el misterio de Cristo presente en la Eucaristía precisamente porque el mismo Cristo se ha entregado antes a ella en el sacrificio de la Cruz... ‘Él nos ha amado primero’ (*1Jn* 4,19).” (SC 14)

La Eucaristía tiene una relación necesaria con el sacramento del Orden que “se desprende de las mismas palabras de Jesús en el Cenáculo: « *haced esto en conmemoración mía* » (*Lc* 22,19). En efecto, la víspera de su muerte, Jesús instituyó la Eucaristía y fundó al mismo tiempo *el sacerdocio de la nueva Alianza*. Él es sacerdote, víctima y altar: mediador entre Dios Padre y el pueblo (cf. *Hb* 5,5-10), víctima de expiación (cf. *1 Jn* 2,2; 4,10) que se ofrece a sí mismo en el altar de la cruz. Nadie puede decir « esto es mi cuerpo » y « éste es el cáliz de mi sangre » si no es en el nombre y en la persona de Cristo, único sumo sacerdote de la nueva y eterna Alianza (cf. *Hb* 8-9).” (SC 23).

Ante el grave problema que representa hoy día la escasa respuesta a la llamada de Dios al sacerdocio, es precisa la oración de toda la comunidad cristiana y la sensibilización de las familias, a menudo indiferentes si no contrarias incluso a la hipótesis de la vocación sacerdotal, para que se abran con generosidad al don de la vida y eduquen a los hijos a ser disponibles ante la voluntad de Dios. Hace falta... tener la valentía de proponer a los jóvenes la radicalidad del seguimiento de Cristo, mostrando su atractivo. (cf SC 25).

La Eucaristía nos ha sido dada para ser comida y ser adorada. Decía san Agustín:...‘Nadie come de esta carne sin antes adorarla..., pecaríamos si no la



adoráramos`... Recibir la Eucaristía significa adorar al Señor que recibimos. Así nos hacemos una sola cosa con Él y gustamos anticipadamente la belleza de la liturgia celestial. La adoración fuera de la santa Misa prolonga e intensifica el encuentro sacramental con el Señor acontecido en la celebración litúrgica. En la adoración madura una acogida personal profunda y verdadera de Cristo y la misión social contenida en la Eucaristía, que ha de romper también las barreras que nos separan a los unos de los otros.(cf SC 66).

La Eucaristía es un misterio de fe que se ha de vivir. Las palabras de Jesús *“El que me come vivirá por mí”* (Jn 6,57) indican que **la vida cristiana ha de tener forma eucarística**, es decir, que el misterio creído y celebrado en la Eucaristía es principio de vida nueva en nosotros y forma de nuestra existencia cristiana como vida en Cristo. Las palabras de la carta de San Pablo a los Romanos expresan cómo la Eucaristía transforma toda nuestra vida en culto espiritual agradable a Dios: *“Os exhorto, por la misericordia de Dios, a presentar vuestros cuerpos como hostia viva, santa, agradable a Dios; este es vuestro culto razonable”*(Ro 12,1).

“El nuevo culto cristiano abarca todos los aspectos de la vida, transfigurándola: « Cuando comáis o bebáis o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios » (1 Co 10,31)... La Eucaristía hace posible, día a día, la transfiguración progresiva del hombre, llamado a ser por gracia imagen del Hijo de Dios (cf. Rm 8,29 s.). Todo lo que hay de auténticamente humano – pensamientos y afectos, palabras y obras – encuentra en el sacramento de la Eucaristía la forma adecuada para ser vivido en plenitud... El culto agradable a Dios se convierte así en un nuevo modo de vivir todas las circunstancias de la existencia, en la que cada detalle queda exaltado al ser vivido dentro de la relación con Cristo y como ofrenda a Dios.”(SC 71).

Para ello, los fieles cristianos necesitamos una comprensión más profunda de las relaciones entre la Eucaristía y la vida cotidiana. La Eucaristía se tiene que traducir en vida ‘según el espíritu’ (cf Rm 8,4; Ga 5, 16.25) y en la necesidad de cambiar el modo de vivir y de pensar, según la enseñanza de San Pablo: ‘Y no os ajustéis a este mundo, sino transformaos por la renovación de la mente, para que sepáis discernir lo que es la voluntad de Dios, lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto’ (12,2)... La renovación de la mente es parte integrante de la forma eucarística de la vida cristiana y una exigencia permanente de nuestra coherencia eucarística, ‘para que yo no seamos niños sacudidos por las olas y llevados al retortero por todo viento de doctrina’ (Ef 4,14).” (SC 77).

La Eucaristía es un misterio que se ha de anunciar. Una Iglesia auténticamente eucarística es una Iglesia misionera que ofrece al mundo lo que necesita: el amor de Dios, encontrar a Cristo y creer en Él. Nada hay más hermoso que encontrar a Cristo y comunicarlo a los demás. (cf SC 84). “La misión primera y fundamental que recibimos de los santos Misterios que celebramos es la de dar testimonio con nuestra vida” (SC 85) del amor que se nos ha manifestado en Cristo.



La Eucaristía es un misterio que se ha de ofrecer como vida del mundo. Con las palabras: “El pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo” (*Jn 6,51*), el Señor revela el verdadero sentido del don de la propia vida por todos los hombres y nos muestra también la íntima compasión que Él tiene por cada persona... Los Evangelios nos narran muchas veces los sentimientos de Jesús por los hombres, de modo especial por los que sufren y los pecadores (cf. *Mt 20,34; Mc 6,54; Lc 9,41*). En cada celebración eucarística Jesús nos hace testigos de la compasión de Dios por cada hermano y hermana. Nace así, en torno al Misterio eucarístico, el servicio de la caridad para con el prójimo, que consiste justamente en que, en Dios y con Dios, amo también a la persona que no me agrada o ni siquiera conozco. Esto sólo puede llevarse a cabo a partir del encuentro íntimo con Dios, que se ha convertido en comunión de sentimiento y voluntad. De ese modo, en las personas que encuentro, reconozco a hermanos y hermanas por los que el Señor ha dado su vida amándolos ‘hasta el extremo’ (*Jn 13,1*). Por consiguiente, nuestras comunidades han de ser cada vez más conscientes de que la Eucaristía impulsa a todo el que la celebra a hacerse pan partido para los demás y, por tanto, a trabajar por un mundo más justo y fraterno. Pensando en la multiplicación de los panes y los peces, hemos de reconocer que Cristo sigue exhortando también hoy a sus discípulos: ‘dadles vosotros de comer’ (*Mt 14,16*). En verdad, la vocación de cada uno de nosotros consiste en ser, junto con Jesús, *pan partido para la vida del mundo*. (SC 86).

La unión con Cristo, que se realiza en el Sacramento, tiene un carácter social, es al mismo tiempo unión con todos los demás a los que Él se entrega. El Misterio eucarístico tiene relación con el compromiso social. “La Eucaristía es sacramento de comunión entre hermanos y hermanas que aceptan reconciliarse en Cristo, el cual ha hecho de judíos y paganos un pueblo solo, derribando el muro de enemistad que los separaba (cf. *Ef 2,14*). Sólo esta constante tensión hacia la reconciliación permite comulgar dignamente con el Cuerpo y la Sangre de Cristo (cf. *Mt 5,23- 24*). Cristo, por el memorial de su sacrificio, refuerza la comunión entre los hermanos y, de modo particular, apremia a los que están enfrentados para que aceleren su reconciliación abriéndose al diálogo y al compromiso por la justicia. No hay duda de que las condiciones para establecer una paz verdadera son la restauración de la justicia, la reconciliación y el perdón. De la celebración de la Eucaristía ha de nacer la voluntad de transformar también las estructuras injustas para restablecer el respeto de la dignidad del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios. (cf SC 89).

“No podemos permanecer pasivos ante ciertos procesos que con frecuencia hacen crecer desmesuradamente en todo el mundo la diferencia entre ricos y pobres. Debemos denunciar a quien derrocha las riquezas de la tierra, provocando desigualdades que claman al cielo (cf. *St 5,4*). El Señor Jesús, Pan de vida eterna, nos apremia y nos hace estar atentos a las situaciones de pobreza en que se halla todavía gran parte de la humanidad. Menos de la mitad de las ingentes sumas destinadas globalmente a armamento sería más que suficiente para sacar de manera estable de la indigencia al inmenso ejército de los pobres... El alimento de la verdad nos impulsa a denunciar las situaciones indignas del hombre ...y nos da nueva fuerza y ánimo para trabajar sin



Carlos López Hernández

descanso en la construcción de la civilización del amor. Los cristianos han procurado desde el principio compartir sus bienes (cf. *Hch* 4,32) y ayudar a los pobres (cf. *Rm* 15,26). La colecta en las asambleas litúrgicas no sólo nos lo recuerda expresamente, sino que es también una necesidad muy actual. Las instituciones eclesiales de beneficencia, en particular *Caritas* en sus diversos ámbitos, desarrollan el precioso servicio de ayudar a las personas necesitadas. Estas instituciones expresan de forma concreta en la vida diaria el significado de la Eucaristía y merecen hoy nuestro reconocimiento y colaboración.(cf SC 90). Será una forma de cumplir el encargo el encargo de Jesús al lavar los pies: “Os he dado ejemplo, para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis”.